

**SANTANDER**

**CREADOR** DEL

**EJERCITO COLOMBIANO**

Por: Doctor GERMAN ARCINIEGAS

Especial para la Revista Fuerzas Armadas

**D**urante 150 años ha habido que exaltar la figura civil de Santander, dejando a un lado muchas de sus empresas que forman las bases de la República de Colombia. La razón de esta polarización en la historia de su vida se explica. Por razones de partido, se han escrito las más extravagantes interpretaciones tratando de enfrentar al Libertador y al Hombre de las Leyes, colocándolos como fundadores del partido conservador y el partido liberal. Semejante aprovechamiento indebido de unos pocos discursos y unas cuantas ideas, trata de convertir esa parte del pasado colombiano en un duelo que carece de todo fundamento. Es cierto que estos creadores del estado se enfrentaron en un debate sobre la Constitución del país que pudo tener consecuencias inmediatas y deplorables, pero que pasa a segundo plano cuando empiezan a consolidarse los programas de liberales y conservadores bajo las más diversas circunstancias.

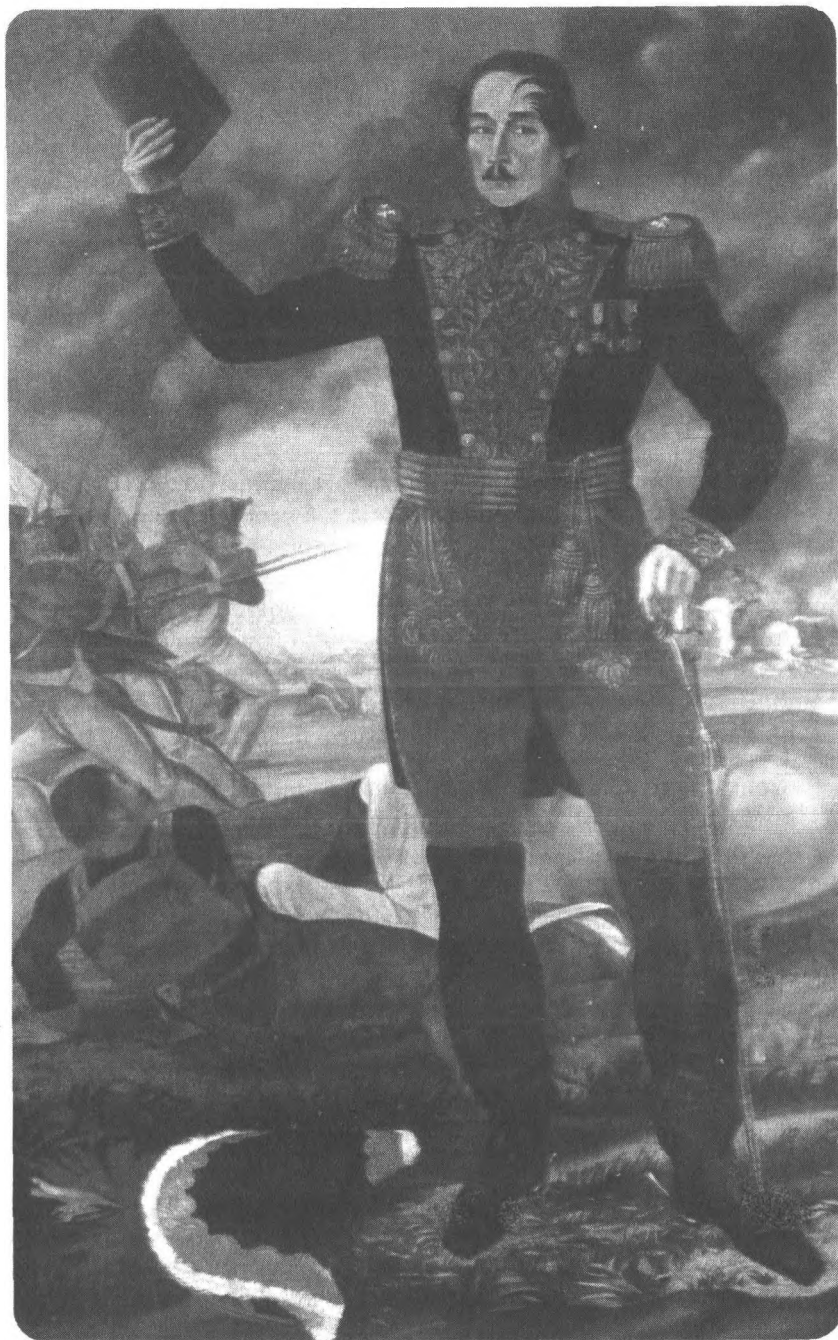
Lo más deplorable de que se hubiera situado sobre un terreno tan equívoco a Bolívar y Santander está en que la tergiversación haya oscurecido lo más decisivo de nuestra formación republicana.

Los años que van corridos entre 1810 y 1818 son de un estado que surgía sin ejército. Se iba a las grandes campañas, como la del sur de Nariño o la marcha admirable para liberar a Caracas con tropas que eran como la caricatura de un batallón. Ni los jefes tenían preparación militar, ni los soldados se habían educado en el cuartel. Solo era una exaltación heroica que llevó a los campos de batalla escuadrones suicidas, lo mismo en la Nueva Granada que en Venezuela. Batalla en que se empeñaban era batalla perdida, y si de pronto la suerte

favorecía una victoria, la victoria se volvía humo y cenizas al día siguiente. Cuando el Pacificador Morillo llegó a Cartagena lo que comandaba y lo que combatía era un pueblo todavía no muy definido hasta el extremo de haberse presentado con tropas de realistas venezolanos que poco sabían de qué lado estaban peleando. Nosotros produjimos, dentro de los ejércitos granadinos, ejemplos prodigiosos de suicidas como Antonio Ricaurte o Atanasio Girardot. En el año 18 lo que quedaba de insurgentes, tanto en Venezuela como en la Nueva Granada, eran bandas de fugitivos que fueron a parar a los Llanos de Casanare y Venezuela. Páez formó su ejército de llaneros encantando a las gentes que empezaban a ver en los realistas los opresores de la provincia. En la Nueva Granada, Serviez y Santander lograron reunir a los derrotados que vinieron a acampar finalmente en Casanare. En el curso de esa campaña, tenían por límite el horizonte en donde se junta el cielo y la tierra en la distancia infinita. Serviez perdió la vida y Santander salvó la suya. En ese momento, cuando Santander empieza a convertir la bandada de rebeldes ilusos en un grupo compacto y disciplinado, nace el Ejército de Colombia. El cucuteño es el inventor de lo que después de casi dos siglos se ha convertido en las Fuerzas Armadas de Colombia. El recuento de lo que fue pasar de una anárquica montonera a una tropa capaz de enfrentarse a cuadros militares formados al estilo europeo, y derrotarlos, es más cosa de novela fantástica, de realismo mágico, que de papeles sacados de los archivos. En meses se pasó de una fábula bélica milagrosa, a la lucha victoriosa contra la naturaleza, siguiendo el discurso más elocuente, y el más romántico, que en su vida pronunció el Libertador. Contra la naturaleza y contra el arte militar de Napoleón.

Lo primero, el uniforme. De risa han podido morir, más que de frío, los de la Legión Británica, con general vestido de casaca y alamares de oro en el pecho y las solapas, al ver a Santander ordenando dos mil corroscas para su tropa y diciendo cosas incomprendibles. En su discurso, se elevaban los campesinos analfabetos a la dignidad de ¡soldados! ¡ciudadanos! con arengas así de misteriosas (que todos entendían) “No manchéis vuestro nombre, ni hagáis gemir en una perpetua servidumbre a vuestros compatriotas. O perder la vida combatiendo contra los enemigos de la Independencia, o salvarla con honra, y con honor salvando nuestra patria. Es la alternativa que os resta y que yo debo presentaros”.

¡Uniformes! Iban todos uniformemente descalzos. Los jinetes, montando en pelo, apretaban el flanco de los caballos hasta ahogarlos. Por toda arma, la vara de macana rematando en una punta de fierro para ensartar españoles. Cazaban tigres. Si montaban campamento, la tienda del jefe tenía el lujo de un tapete de color de oro y manchas café oscuro: el cuero del tigre. En el Hato de Setenta —donde se colea



***Francisco de Paula Santander por José Marta Espinosa Prieto.  
Oleo sobre lienzo 2.30 x 1.46. Museo Nacional. Bogotá.***

el ganado— hubo el encuentro de Bolívar y Santander. Y un parlamento en que tomaron parte los altos mandos. Fue al aire libre, sentados sobre calaveras de vacas. Refiriéndose a la tropa, escribe Pilar Moreno de Angel: “tenía un denominador común: carecía de la ropa y de los abrigos suficientes como para poder enfrentarse a las cimas heladas donde reina el cóndor... Santander ordenó que a los hombres que acababan de llegar, comandados por Bolívar, se les suministrara carne, plátano, panela, yuca y sal... Cuando ya se encontraban reunidas las dos divisiones en Tame, el Coronel Pérez, quien era dueño de algunas propiedades... obsequió a los oficiales superiores... un banquete de ternera asada a la llanera y guarapo. Ante la carencia de mesas y cubiertos, cada invitado tomaba su porción de carne con su cuchillo. El almuerzo se sirvió bajo un gigantesco árbol de Samán en la plaza...”.

Los apuntamientos de Santander sobre la marcha de Casanare a Boyacá son el primer libro en la historia del Ejército colombiano. No hay quien no haya leído cuando menos fragmentos y así saben de esa marcha, primero avanzando con el agua al pecho por la llanura inundada. Los ríos, en la época de lluvias, desbordan y convierten en laguna cuanto alcanzaban a divisar los ojos de quienes más parecían sobrevivientes que escapaban de un naufragio que tropa lista para combatir. Al llegar al pie de la cordillera, lo que tenían para seguir eran rocas que llevaban al páramo blanco de escarcha...

Bolívar quedó maravillado de cómo Santander había organizado a los granadinos. Eran 1.800, pero tan disciplinados que pasaron a ser la vanguardia al hacer la distribución de las divisiones. Los venezolanos irían a la retaguardia, eran 2.100 y habían llegado bajo el mando de Bolívar. La idea original del Libertador era seguir por el pie de la cordillera hasta San Cristóbal y Cúcuta y tomar el camino seguro que lleva a Bogotá. Puesto en discusión el plan de la campaña, los granadinos se pronunciaron por el camino de Pisba. Parecía cosa de locos. Pero hablaban quienes conocían las cosas de su tierra, y decidieron. Los llaneros venezolanos mostraron su desaprobación, y se convino dejarlos como la reserva humana que complementarían el movimiento granadino entrando por Cúcuta. Solo el Libertador, con Anzoátegui, siguieron la ruta de Santander. Páez se quedó, para siempre, en Venezuela. A Boyacá se llegó con un ejército básicamente granadino. Se explica así que el primero en cruzar el Puente de Boyacá fuera el ¡comandante de los granadinos! Santander. Hubiera podido terminar un parte general de la campaña, diciendo: “*El ejército de Colombia ha nacido*”.

Había nacido desnudo, con corrosca y victorioso. Su inventor: el General Santander, graduado en leyes en San Bartolomé, con una

escuela de soldado en los montes de Cúcuta, en las llanuras inundadas de Casanare, en las rocas heladas sobre los abismos de Pisba... Llegó al páramo la tropa descalza, sin un caballo. Para tener caballería en el Pantano de Vargas y Boyacá, le venían como del cielo caballos de Sogamoso, que se estrenaron poniendo en retirada a los realistas, que galoparon más fugitivos por la sorpresa y el espanto que por la aparición de estos centauros increíbles.

Se hizo una fusión de amor entre el pueblo y su tropa batalladora. Los curas ayudaban. Ayudaban las mujeres. Los hacendados regalaban los mejores caballos. El Palomo... Todo el vacío que los humildes hacían a Morillo, a Barreiro... se trocaba en calurosa colaboración. Eran los descendientes de los comuneros traicionados.

La historia se vuelve coplas y romances. Como el Romancero de El Cid para los españoles. Si se cuenta cómo ocurrió todo esto a los que se inician en el servicio militar se entenderá que de estas maravillas y aventuras surgieron los batallones que triunfaron en la vecina Venezuela. —Carabobo— o en las remotísimas comarcas de Pichincha en Ecuador, Junín en Perú, Ayacucho en los remotos hielos donde se juntan el cielo con la tierra.

Me parece que si estas cosas no se cuentan a quienes se inician en las Fuerzas Armadas de Colombia, se hace un comienzo falso. La fe en el Ejército Nace en Colombia de su propia historia. Esa nobleza que pedía Santander en sus proclamas nace de haber luchado por liberar a los vecinos, y llevar en el alma las palabras sagradas: Las leyes os darán la libertad. Yo propondría que se hiciera un cuadernillo con los capítulos XII y XIII del libro de Pilar Moreno de Angel sobre Santander, para entregarlo a cada recluta, y por ahí llevarlo al conocimiento de cómo el primero de los generales granadinos llegó a crear el Ejército de Colombia republicana.

